

NEW LEFT REVIEW 137

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE-DICIEMBRE 2022

EDITORIAL

SUSAN WATKINS Cinco guerras en una 7

ARTÍCULOS

GÖRAN THERBORN El mundo y la izquierda 25

FRIGGA HAUG Recuerdos de aprendizaje 83

FORREST HILTON Y
AARON TAUSS Colombia en la encrucijada 95

EDWARD KING La novela histórico-mundial 139

CRÍTICA

ANAHID NERSESIAN El librero de la libertad 155

SAUL NELSON Realidades opuestas 163

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

ts
traficantes de sueños



SUSAN WATKINS

Editorial

CINCO GUERRAS EN UNA

La batalla por Ucrania

UN ANÁLISIS CLÁSICO de la Segunda Guerra Mundial la define como el resultado de cinco tipos diferentes de conflicto¹. En primer lugar, la guerra librada entre las principales potencias imperialistas –Alemania, Japón, Estados Unidos y Gran Bretaña–, que competían por la posición de potencia hegemónica mundial. Para conseguirlo las potencias aspirantes debían afirmar el control sobre una región clave –en el caso de Japón, China y el sudeste asiático; en el de Alemania, la Unión Soviética occidental y el Cáucaso («nuestra India»)– e infligir un golpe demoledor a cualquier otra potencia imperialista que intentara bloquear su estrategia: en el caso de Japón, el potencial enemigo era Estados Unidos, que no tenía intención alguna de permitir la presencia de un contendiente en el Pacífico; en el caso de Alemania, Francia y Gran Bretaña, que no deseaban ver Europa dominada por Berlín.

En un principio, esta guerra interimperialista se libró en dos escenarios separados, por un lado, el norte de Europa –primero Polonia y de inmediato Bélgica, Holanda, Francia, Dinamarca y Noruega, que cayeron en manos de la Wehrmacht en 1940, mientras la Operación Barbarroja se iniciaba durante el verano siguiente– y, por otro, el Pacífico, donde el embargo de suministros de petróleo a Japón decretado por Frank D. Roosevelt y la intransigencia en las negociaciones con este país determinaron que en 1941 Tokio añadiera Malasia, Singapur e Indonesia a las conquistas ya efectuadas en China y la Indochina francesa e intentara

¹ Ernest Mandel, *The Meaning of the Second World War*, Londres y Nueva York, 1986; ed. cast.: *El significado de la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, 2015.

eliminar la flota estadounidense amarrada en Hawái. Los dos escenarios se entrelazaron cuando Estados Unidos entró en la guerra y el Reino Unido, su deudor, tras haber sobrevivido a la batalla de Inglaterra, trasladó sus fuerzas a Oriente Próximo para defender sus campos petrolíferos de Iraq e Irán, así como el enorme imperio británico que se extendía desde Egipto y África Oriental hasta a Hong Kong y el Pacífico, pasando por la India, Birmania, la Unión Malaya y Singapur. Esta guerra interimperialista fue ganada de forma decisiva por Estados Unidos, que aplastó a Alemania y Japón y debilitó a Gran Bretaña y Francia para emerger como la nueva potencia hegemónica mundial.

El segundo tipo de conflicto bélico implicado en la Segunda Guerra Mundial fue la guerra de autodefensa de la URSS contra la invasión alemana, que pretendió proteger los logros de la Revolución de 1917 de la contrarrevolución nazi, desencadenó la reconstrucción del Ejército Rojo y, posteriormente, mientras los Aliados occidentales estaban inmovilizados por las sorprendentemente duras defensas alemanas en el norte de Italia y en Renania-Ardenas, desató el lanzamiento de una rápida ofensiva hacia el oeste en 1944-1945, mientras la Wehrmacht se retiraba y los regímenes colaboracionistas nazis se desmoronaban uno tras otro en Bucarest, Sofía, Vilna, Tallin, Varsovia, Budapest y Viena. La URSS emergió de la guerra como la segunda potencia mundial, habiéndose hecho con el control de Europa del Este. Aunque Moscú permitió la entrada de tropas occidentales en Viena y Berlín, una vez lanzada la Doctrina Truman, Stalin impulsó «revoluciones desde arriba» militares y burocráticas, aplastando las fuerzas de izquierda independientes y dejando «un feo legado político», que marcaría la situación de posguerra².

Distinto de estos dos tipos de guerra, se produjo un tercer tipo de conflicto, librado por el pueblo chino contra el imperialismo japonés, que se convertiría en una revolución social una vez concluido el apoyo de los Aliados al Kuomintang. En cuarto lugar, y también distintas de las ya mencionadas, fueron las guerras de liberación nacional libradas por las fuerzas anticoloniales que se negaron a luchar por sus amos franceses, británicos, holandeses y estadounidenses en Indochina, Birmania, la Unión Malaya, Indonesia y Filipinas, a las que se unió el movimiento Quit India; estas luchas se orientaron de nuevo hacia la revolución social en Indonesia e Indochina. Finalmente, el quinto tipo de conflicto bélico involucrado en la Segunda Guerra Mundial estuvo constituido por los

² *Ibid.*, p. 156.

movimientos de resistencia armada activos en la Europa ocupada por los nazis, que en varios casos –Yugoslavia, Albania, Grecia– adquirieron respectivamente el carácter de levantamiento nacional, revolución o guerra civil, mientras que los procesos paralelos registrados en Francia e Italia dieron lugar al surgimiento de los correspondientes partidos comunistas de masas. La incorporación a la vorágine del conflicto interimperialista de fuerzas sociales independientes dotadas de autonomía al hilo de estas «guerras justas» de resistencia y liberación nacionales desempeñaría un papel importante en la configuración de los primeros treinta años del orden de posguerra³.

2

¿Podría este tipo de perspectiva analítica arrojar cierta luz sobre la actual guerra de Ucrania? Los contrastes de escala y destructividad entre los dos conflictos –80 millones de personas perecieron entre 1939 y 1945– no precisan ser subrayados. Además, la situación histórica mundial no solo ha cambiado, sino que se ha invertido. La equivalencia aproximada de las potencias contendientes en el primer conflicto bélico ha dado paso hoy a un superpotencia mundial de nuevo cuño, dotada de una poderosa ideología universalista y de un poderío militar y financiero carente de precedentes, en cuya opinión cualquier Estado que se resista a su penetración económica y política es, por definición, un adversario de uno u otro tipo. Económicamente, el auge del periodo de posguerra ha dado paso a la desindustrialización producto de la larga recesión actual, cuyo ímpetu económico tan solo ha podido restablecerse por mor de repetidas burbujas financieras, el concurso de la ingeniería monetaria y el enorme incremento del endeudamiento. Socialmente, una ofensiva capitalista liderada por Estados Unidos ha invertido los términos de la era posterior a la Segunda Guerra Mundial: en lugar de una creciente militancia de la clase obrera, la fuerza de trabajo industrial ha sido degradada, externalizada y considerada como un sujeto perdedor y resentido. La empobrecida China revolucionaria es hoy la segunda economía del planeta, bajo el dominio, digitalmente fortalecido, del Partido Comunista Chino. La URSS se autodisolvió y Estados Unidos instaló en el antiguo bloque soviético un capitalismo dotado de características muy específicas. La jerarquía de las potencias en guerra en Ucrania, sus economías y sus clases sociales, contrastan mucho con las activas en el periodo bélico de 1939-1945.

³ *Ibid.*, p. 45.

Sin embargo, la guerra de 2022 es también una guerra internacional librada en los frentes económico e ideológico, así como en el militar, que divide a las potencias mundiales y que moviliza una amplia panoplia de Estados como participantes o simpatizantes, si no directamente como combatientes⁴. Cuando la guerra entra en su noveno mes, puede ser útil, pues, para distinguir los diferentes tipos de conflicto implicados en la misma, por un lado, examinar sus orígenes y analizar sus causas inmediatas, evaluar los objetivos y las estrategias de los actores implicados y ponderar la cohesión interna y los recursos materiales e ideológicos de cada uno los beligerantes, y, por otro, reflexionar sobre cómo este conjunto de factores alimenta la dinámica de la conflagración de mayores dimensiones en la que se insertan. Las reflexiones que siguen a continuación son inevitablemente esquemáticas, ya que no logran agotar el complejo carácter de los actores implicados y sin duda se ven enturbiadas en algunos aspectos esenciales por la niebla de la guerra y la limitada información disponible sobre cuestiones clave relacionadas con la misma. Esta discusión se ofrece en consecuencia con la intención de proporcionar un análisis preliminar, que seguramente necesitará matices y correcciones. Pero antes, como en toda guerra, el análisis debe tener en cuenta los determinantes regionales específicos.

El entorno geográfico y geopolítico de Ucrania, que se extiende a lo largo de casi 1900 kilómetros a ambos lados de las riberas del Dniéper, ha hecho que su territorio sea propenso a la penetración por parte de diversas potencias extranjeras, que, sin embargo, en la mayoría de los casos, han sido convocadas por las fuerzas contendientes locales. No hace falta remontarse a las invasiones de los mongoles, ni a la imposición del régimen aristocrático-católico bajo la Comunidad polaco-lituana del siglo XVII, ni a la apelación de los cosacos rebeldes al zar. Durante la Primera Guerra Mundial, las fuerzas austrohúngaras y zaristas-kerenskistas se enfrentaron una y otra vez en estas tierras, que fue uno de los principales teatros del frente bélico oriental. Entre 1917 y 1922 la región se convirtió en el frente sur de la Guerra Civil rusa: la Rada Central de Kiev pidió ayuda a Berlín y Viena para luchar contra los soviets de Járkov, Odessa y el Donetsk, así como contra los anarquistas de Majnó activos en Zaporíya, mientras Polonia se anexionaba la región de Leópolis, con el beneplácito de la Conferencia de Paz de París, y las fuerzas blancas respaldadas por

⁴ Para un debate previo sobre la guerra de Ucrania en el que se basan estas reflexiones, véanse Susan Watkins, «¿Una guerra evitable?», Volodymyr Ishchenko, «Hacia el abismo» y Tony Wood, «Matriz de guerra», *NLR* 133/134, mayo-junio de 2022.

Occidente y los insurgentes independentistas de diversa índole, desde socialistas hasta fascistas, luchaban contra el Ejército Rojo desde Kiev hasta Crimea. Antes de que terminara la década de 1920, las depredaciones de Stalin empezaron a allanar el camino para la conquista de la Wehrmacht y la lucha a vida o muerte de la Segunda Guerra Mundial. El nuevo Estado nacido de la disolución furtiva de la Unión Soviética en la noche del 8 de diciembre de 1991 por la troika de Belavezha, formada por Yeltsin, Shushkevich y Kuchma, no escaparía a esta lógica. En un país dividido, las fuerzas rivales invitarían a los extranjeros a entrar.

3

¿Cuáles son los principales tipos de conflicto en juego hoy en día? Desde el punto de vista analítico y partiendo de lo particular a lo general, no puede evitarse la cuestión del conflicto civil en curso en el seno de la propia Ucrania, que por sí solo no podría haber generado una guerra internacional, la cual, sin embargo, no podría haberse intensificado en su ausencia. En su raíz anidaba la vertiginosa disolución de la URSS, que convirtió la pluralidad rusa en una serie de grandes minorías ubicadas en los nuevos Estados-nación. En Ucrania, la propia clase dirigente estaba dividida políticamente: algunos oligarcas y sus partidos se inclinaban más hacia Moscú, otros hacia Washington, Berlín y Varsovia, mientras que los más poderosos cultivaban relaciones suavemente cosmopolitas con todas las partes. Desde el punto de vista social, las divisiones entre las zonas desindustrializadas y la metrópoli se extendían no sólo a través de las fronteras, sino también de las diferencias lingüísticas, los regímenes de acumulación e incluso los modos de producción. La esperanza bolchevique de que, dentro de su república soviética compartida, el proletariado industrial de la cuenca del Donetsk sería un faro de luz para la conservadora Ucrania occidental ha invertido su valencia. En 2014, un estudiante de Kiev podía decir despectivamente de los trabajadores del Donbás: «Allí son todos *sovoks*. No pueden evitarlo»⁵.

⁵ «*Sovok*»: término ruso despectivo para referirse a los que siguen teniendo una visión y se mantienen aferrados a los valores soviéticos, al no haberse adaptado a la sociedad capitalista. Véase Anna Arutunyan, *Hybrid Warriors: Proxies, Freelancers and Moscow's Struggle for Ukraine*, Londres, 2022, p. 19. Arutunyan, periodista liberal rusa, exeditora política de *Moscow News*, ahora radicada en Londres, viajó mucho por el este y el sur de Ucrania en los primeros meses de 2014 y ofrece una preciosa etnografía del Donbas en el momento de los levantamientos contra el Maidan.

Los acontecimientos del Maidan («plaza») de 2014 –el derrocamiento del gobierno favorable a Moscú de Yanukovich a raíz de una revuelta popular acontecida en Kiev, que se topó con protestas contra la misma desencadenadas en el este del país, donde se encontraba el grueso de su base electoral– ejercieron una inmensa presión sobre estas relaciones. La oposición al nuevo gobierno fue amplia; a finales de febrero, en torno a tres mil quinientos cargos electos se reunieron en una conferencia contra el Maidan en Járkov. Al día siguiente, el parlamento de Kiev revocó la protección del ruso como lengua regional. Los levantamientos contra el Maidan en el este de Ucrania copiaron el modelo de Kiev, ocupando plazas centrales y tomando edificios gubernamentales. Las fuerzas de seguridad también se mostraron divididas; en algunas zonas la policía local no intentó detener a los manifestantes contra el Maidan, lo cual fue un factor determinante de su éxito. En ciudades como Járkov u Odessa, la autoridad de Kiev se impuso. En las ciudades más pobres, como Donetsk y Luhansk, las milicias populares formadas por mineros, camioneros, guardias de seguridad y desempleados locales asaltaron las oficinas de la administración regional y declararon repúblicas populares, eligiendo como líderes a empresarios locales o antiguos comandantes militares. En el caos de los primeros días, hubo pocos «voluntarios rusos» en la escena⁶.

La militarización de la división política fue lenta y desigual. Si bien los primeros disparos simbólicos fueron efectuados por francotiradores en Kiev contra los manifestantes del Maidan, aun no está claro si aquellos pertenecían a las fuerzas de seguridad del régimen o si, como sugiere el análisis de las pruebas forenses, eran militantes de extrema derecha salidos de las filas de los manifestantes⁷. Ciertamente, el nuevo ministro del Interior, Arsen Avakov, integró a los combatientes callejeros del partido de extrema derecha Pravy Sektor [Sector Derecho] en la Guardia Nacional antes de enviarla a aplastar a los «terroristas» en el este. En Mariupol, las

⁶ El exasesino del Servicio Federal de Seguridad ruso Igor Girkin y su milicia de cincuenta miembros, financiada por el multimillonario ruso de extrema derecha Konstantin Malofeyev, llegaron al Donbas el 12 de abril de 2014, una semana después de que se proclamara la República Popular de Donetsk (RPD). No fue hasta mediados de mayo cuando el jefe de prensa de Malofeyev, Alexander Borodai, fue «elegido» primer ministro de la RPD para ser sustituido tres meses después por Alexander Zakharchenko, nacido en Donetsk y jefe de extrema derecha de una organización local de veteranos. Las propias milicias estaban compuestas en su mayor parte por combatientes nacidos en el Donbas y los «turistas rusos» constituían menos de un tercio de ellas.

⁷ Ivan Katchanovski, «The Hidden Origin of the Escalating Ukraine-Russia Conflict», *Canadian Dimension*, 22 de enero de 2022

fuerzas del Ministerio del Interior masacraron al parecer a veinte personas, incluyendo policías locales que se negaron a sofocar las protestas locales contra el Maidan. En Odessa, por otro lado, las fuerzas civiles se enfrentaron entre sí: aproximadamente dos mil hinchas nacionalistas ucranianos de equipos de fútbol locales, armados con armas improvisadas, atacaron un campamento de trescientos manifestantes prorrusos concentrados en la plaza central; cuarenta de los manifestantes murieron, cuando los nacionalistas incendiaron las oficinas sindicales en las que habían intentado atrincherarse para protegerse⁸.

Los dos bandos de este conflicto civil libraban un enfrentamiento desigual. El nuevo gobierno de Kiev no sólo disponía de los recursos del Estado —en junio de 2014, su fuerza aérea y su artillería bombardearon las ciudades rebeldes del Donbás—, sino que estaba más centrado políticamente y cohesionado socialmente, unido por la antipatía hacia Rusia y la perspectiva de unirse a Occidente. Las reivindicaciones de los ucranianos del este del país eran más difusas: federalización, autonomía regional; inicialmente, menos de un tercio de la población estaba a favor de la secesión sin concesiones⁹. Carecían de una estrategia propiamente dicha. Desde el punto de vista ideológico, las primeras protestas se basaron sobre todo en la noción de autodeterminación democrática, al igual que el Maidan. A esta reivindicación, el entorno de los clubes de veteranos y las asociaciones de artes marciales de las que procedían las milicias añadieron un estrato nacionalista ruso más duro, legitimado por el mito del Kremlin de una movilización antifascista contra la «junta de Kiev».

Ambas partes acudieron a las potencias extranjeras en busca de ayuda. El Departamento de Estado estadounidense tenía desde hacía tiempo una gran presencia en Kiev y los Estados de la Unión Europea financiaban diversas ONG, habiendo respaldado ambos a la oponente de Yanukóvich en las elecciones de 2010, la nacionalista Yulia Timoshenko, como habían hecho con el levantamiento del Maidan contra él. Victoria Nuland, la mujer del gobierno de Obama sobre el terreno, se halló intensamente involucrada en los nombramientos del nuevo bloque de gobierno de Kiev, que incluía a oligarcas prooccidentales, neoliberales, ONG defensoras de los derechos humanos, nacionalistas partidarios de la línea dura y

⁸ A. Arutunyan, *Hybrid Warriors: Proxies, Freelancers and Moscow's Struggle for Ukraine*, cit., pp. 14-16 (Mariupol), 68-75 (Odessa).

⁹ Encuesta del Kiev International Institute of Sociology, abril de 2014, citada en *ibid.*, p. 123.

elementos de la extrema derecha. En este caso, Washington había dejado de lado el acuerdo firmado entre Yanukóvich y la oposición, garantizado por Alemania, Polonia y Francia, para proceder a una transición pacífica, la convocatoria de elecciones anticipadas y la vuelta a la Constitución de 2004, y había hecho un guiño al violento asalto final del edificio de la Administración Presidencial. El equipo de Obama, que incluía al vicepresidente Biden, pretendía obtener un resultado más concluyente ante las oscilaciones del poder político en Ucrania. Como respuesta a todo ello, Putin asumió el control de Crimea, de mayoría rusa, donde Moscú ya disfrutaba del derecho de base para su flota y para una fuerza de veinticinco mil efectivos, activos que consideraba amenazados por el nuevo régimen de Kiev. Obama declaró que se trataba de un ultraje al derecho internacional y aplicó sanciones.

La anexión sin fricciones de Crimea suscitó la esperanza entre las milicias rebeldes de que Putin también les sacaría de apuros. En cambio, Rusia sólo envió lo necesario para mantener a las repúblicas populares en pie, incluido el apoyo armado encubierto de la operación Viento del Norte efectuada en agosto de 2014, sin ofrecer el reconocimiento oficial a las mismas. En 2015, Putin obligó a los renuentes representantes de estas a firmar los Acuerdos de Minsk, que frenaron su expansión. El objetivo de Moscú era bloquear el ingreso de Ucrania en la OTAN, no la liberación del Donbás. Al mismo tiempo, Washington estaba armando y entrenando a las fuerzas de Kiev, privando de oxígeno a los Acuerdos de Minsk. Una vez que Biden accedió a la presidencia estadounidense, el ritmo se aceleró. En 2021 Ucrania participó en ejercicios militares y navales de gran envergadura con las potencias de la OTAN y firmó un nuevo acuerdo de «Asociación Estratégica» con Estados Unidos. El resultado del conflicto civil fue, pues, una situación de punto muerto armado con injerencia extranjera. En un contexto en el que la mayoría de los ucranianos permaneció políticamente pasiva, las intervenciones de Rusia y de Estados Unidos, ambos por invitación de las fuerzas de las partes enfrentadas, contribuyeron a fortalecer la dinámica conflictiva.

4

La guerra de Putin, el segundo tipo de conflicto en juego, tiene un doble carácter ambiguo, definido por sus adversarios gemelos, la OTAN y Ucrania. Por un lado, la movilización rusa comenzó como una apuesta

defensiva desesperada ante el avance del poder militar estadounidense. Por otro, la invasión es una guerra neoimperialista de conquista o partición, de alcance vacilante, provocada por la opción declarada de Kiev de incorporarse a Occidente. Analíticamente los dos aspectos de la guerra son distintos en sus orígenes, objetivos e ideologías. El aspecto defensivo –la aprensión del Kremlin ante el avance del armamento estadounidense hasta sus propias puertas– es anterior a cualquier relevancia política en pro de un «mundo ruso» reconstituido. Sus orígenes se encuentran en la constitución de la OTAN como una alianza militar ofensiva bajo el mando de Estados Unidos, que apuntaba a Moscú desde sus inicios. Reutilizada para ejecutar operaciones situadas fuera de su área inicial de intervención tras el final de la Guerra Fría, la exclusión de Rusia de la OTAN sirve específicamente para definir una relación asimétrica amigo-enemigo. Por muy generosa que haya sido la ayuda del Kremlin a las operaciones estadounidenses realizadas en Afganistán y en otros lugares, siempre se han desestimado sus peticiones de una conclusión negociada del avance de la OTAN hacia el este: Múnich 2007, Bucarest 2008, las repetidas iniciativas rusas de 2021.

Ante esta situación, la estrategia racional de Moscú ha sido reequilibrar el peso de Washington mediante la introducción de otros actores externos, tratando de ampliar cualquier fisura existente dentro de la Alianza Atlántica e intentando fortalecer su propia posición. La aceleración del realineamiento occidental de Ucrania a partir de 2014 llevó las cosas a un punto de inflexión, todo ello agudizado quizá por la preocupación de Putin en cuanto a su lugar en la historia y la conciencia de que el tiempo se le acababa. Su primera táctica fueron los Acuerdos de Minsk, que habrían garantizado a Ucrania como potencia neutral bajo una constitución confederal, lo cual se topó con la implacable oposición de los nacionalistas ucranianos, que gozaban del apoyo tácito de Estados Unidos. En 2021, el gobierno de Biden aceleró la integración de Ucrania como «socio» de la OTAN y Kiev anunció en un nuevo documento de estrategia militar que contaba con «el apoyo militar de la comunidad mundial en la confrontación geopolítica con la Federación Rusa», lo cual desencadenó la apuesta de Putin de escalar al nivel de la diplomacia coercitiva en septiembre de 2021, respaldando sus demandas con una movilización a gran escala. Pero ante la ausencia de vía alguna de salida en la senda de una hipotética desescalada, la negativa de Biden a aceptar verdaderas negociaciones con Rusia contribuyó a que la postura defensiva de esta frente a la OTAN se convirtiera en una postura agresiva neoimperialista hacia Ucrania.

Aunque ensombrecida por los errores cometidos en el centro del país – el fallido ataque con paracaidistas a Kiev, el atasco de tanques a lo largo de más de 60 kilómetros, la incapacidad de eliminar las defensas aéreas ucranianas– la estrategia militar de Rusia en el sur y el este de Ucrania no ha sido tan desastrosa como la prensa occidental trata de hacernos creer. Rusia ocupa el 20 por 100 del territorio ucraniano, que constituye un sólido bloque territorial contiguo al suyo. La reconstrucción ha comenzado en medio de las ruinas de Mariupol con treinta mil trabajadores de la construcción empleados a los que se les paga el doble de las tarifas nacionales¹⁰. Materialmente, Rusia todavía posee grandes recursos para una guerra de desgaste: una importante industria armamentística respaldada por una infraestructura industrial, que ha ido cambiando hacia la sustitución de importaciones desde la imposición de las sanciones de 2014; mano de obra suficiente para rotar las tropas durante el invierno, después de la movilización de septiembre de 2022; y, a pesar de las valientes protestas contra la guerra y el éxodo de los hombres en edad de combatir, un grado no despreciable de cohesión social, que recurre a los tropos aún vivos de la Segunda Guerra Mundial. Nada durará indefinidamente. El apoyo a la guerra sigue siendo del 72 por 100 según los sondeos de opinión, porcentaje situado por debajo del 80 por 100 de marzo; pero el porcentaje de quienes piensan que la «Operación Militar Especial» está siendo en general coronada por el éxito ha bajado del 68 al 53 por 100, prevaleciendo el sentimiento general de que «está durando demasiado tiempo»¹¹. Los rostros de la *nomenklatura* de Putin, reunida a finales de septiembre pasado bajo las lámparas de araña del Gran Salón del Kremlin, cuando anunció la adhesión de las cuatro nuevas regiones –Donetsk, Luhansk, Jersón y Zaporíyia– a la Federación Rusa, eran un documento de inquietud y tristeza.

5

La invasión rusa generó un tercer tipo de conflicto: la guerra de autodefensa nacional de Ucrania. Kiev se enfrentaba a una situación difícil: su presupuesto anual de defensa antes de 2022 era de 5 millardos de dólares, frente a los 65 millardos gastados por Rusia. La población ucraniana era menos de un tercio de la rusa y su PIB una octava parte. El reclutamiento universal masculino igualó, sin embargo, las opciones de ambos bandos en lo referido a las fuerzas terrestres, mientras Ucrania disfrutaba de un buen

¹⁰ Volodymyr Ishchenko, «Russia's Military Keynesianism», *Al-Jazeera*, 26 de octubre de 2022.

¹¹ «Conflict with Ukraine: September 2022», Levada Centre, 7 de octubre de 2022.

equipamiento de misiles, defensas aéreas e infraestructuras de tecnologías de la información, logística y comando organizadas por Estados Unidos desde 2015. Mientras millones de refugiados huían a Polonia, el *hardware* militar occidental se transportaba en camiones a través de la frontera en cantidades industriales, respaldado por miles de millones de dólares enviados al país en concepto de ayuda. La negativa de Zelensky a disfrutar de un refugio seguro en Polonia fue un símbolo de la voluntad de resistencia.

El trauma de la invasión ha forjado inevitablemente una nueva conciencia nacional en Ucrania. Tras el levantamiento del Maidan en 2014, dos tercios de los ucranianos pensaban que el país «iba en la dirección equivocada», con una breve excepción para las iniciativas de paz en 2019; ahora, más del 75 por 100 piensa que va en la dirección correcta. Una abrumadora mayoría cree que Ucrania ganará la guerra, aunque piensa que puede tardar un año o más. El orgullo sentido por Ucrania pasó del 34 por 100 en agosto de 2021 al 75 por 100 un año después¹². Este cambio se ha producido al precio de un odio visceral hacia los rusos —«los orcos», cuyos términos comparte Zelensky: «Hasta que no les rompamos la cabeza, no entenderán absolutamente nada», dijo al *The Wall Street Journal*¹³. En agosto de 2022 el 81 por 100 de los ucranianos afirmaba sentir «frialdad» o «mucho frialdad» hacia los rusos y casi la mitad de la población ucraniana consideraba a las poblaciones de las repúblicas populares de Donetsk y Luhansk con la misma hostilidad. La proporción de personas que piensan que el ucraniano debería ser la única lengua estatal ha aumentado del 47 al 86 por 100. Una clara mayoría de jóvenes cree que nunca será posible restablecer las relaciones amistosas entre Ucrania y Rusia; otro 28 por 100 piensa que se necesitarían al menos veinte o treinta años. Dadas las genealogías mixtas y las familias extensas transfronterizas de la región, esto se traduce en innumerables relaciones tensas o rotas; un tercio de los ucranianos definen la tristeza como su sentimiento predominante¹⁴.

La estrategia militar ucraniana se ha basado en peticiones internacionales de más ayuda, respaldadas por un coro de políticos de los países bálticos que proclaman su predisposición a morir por la libertad.

¹² Rating Group, «Seventeenth National Survey: Identity, Patriotism, Values», Kiev, 23 de agosto de 2022.

¹³ Yaroslav Trofimov y Matthew Luxmoore, «Ukraine's Zelensky Says a Cease-Fire with Russia, without Reclaiming Lost Lands, Will Only Prolong War», *The Wall Street Journal*, 22 de julio de 2022. El índice de aprobación de Zelensky era del 30 por 100 antes de la guerra; ahora supera el 90 por 100.

¹⁴ Rating Group, «Seventeenth National Survey: Identity, Patriotism, Values», *ibid.*

Ideológicamente, esto ha tenido un gran éxito, aunque las sumas no son tan importantes: medido en euros, Estados Unidos ha comprometido 27,6 y 15,2 millardos de euros respectivamente en ayuda militar y financiera desde enero de 2022, frente a los 2,5 y 12,3 millardos de euros prometidos por la Unión Europea en esas mismas rúbricas¹⁵. Pero, aunque la ayuda occidental ha nivelado el campo, no ha concedido a Ucrania una ventaja decisiva. En julio, las fuerzas ucranianas, equipadas con sistemas de cohetes HIMARS guiados por GPS de 200 libras, con misiles HARM lanzados desde el aire, más de 800.000 proyectiles de artillería de 155 mm y un entrenamiento intensivo de la OTAN, consiguieron frenar y después controlar el avance de Rusia pueblo a pueblo en el Donbás. Los anuncios semanales del Pentágono sobre nuevos envíos de armas mantuvieron el ritmo y las fuerzas de operaciones especiales de la OTAN provocaron explosiones en la retaguardia de las líneas rusas. Las operaciones más complejas dependen en gran medida de la ayuda estadounidense. Cuando en julio Zelensky, que necesitaba una victoria de uno u otro tipo para demostrar que la guerra no se estaba convirtiendo en un conflicto congelado y así apuntalar el apoyo de Occidente, propuso una ofensiva en el sur, atacando Jerson, cortando Mariupol desde el este y tomando Zaporíyia, los funcionarios del Pentágono fueron acerbos al respecto –las posiciones rusas allí estaban bien afianzadas– y en su lugar elaboraron planes para una salida a pequeña escala de quince tanques en la zona casi vacía situada al sureste de Járkov, debidamente aclamada como una contraofensiva que cambiaría el juego por la leal prensa occidental¹⁶. La captura más significativa de Lyman atrajo menos atención.

6

El cuarto tipo de conflicto es el que está librando el gobierno de Biden. Un antiguo jefe de la CIA lo describe como una guerra por delegación: Estados Unidos explota el coraje de los ucranianos y su voluntad de

¹⁵ Véase «Ukraine Support Tracker», IfW/Kiel Institute for the World Economy, octubre de 2022; no se han desembolsado todas las cantidades comprometidas.

¹⁶ Véase, por ejemplo, Dan Sabbagh, «Surprise Counterattack Wrong-Foots Invaders and Shows Sophisticated Battlefield Tactics», *The Guardian*, 9 de septiembre de 2022; Patrick Wintour, «Battle of Nerves: How Advances on the Field Are Helping Europe Recover Its Resolve», *The Guardian*, 14 de septiembre de 2022. Sobre la planificación de la operación por parte de Estados Unidos, véase Julian Barnes, Eric Schmitt y Helene Cooper, «The Critical Moment Behind Ukraine's Rapid Advance», *The New York Times*, 13 de septiembre de 2022.

luchar contra los rusos, como, por ejemplo, en su día armaron y asesoraron a los kurdos de Rojava¹⁷. Pero si esto es así, este es solo un aspecto de la guerra de Washington. En el frente económico, las sumas implicadas son mucho mayores que las que fluyen hacia Ucrania. El gobierno de Biden ha congelado 400 millardos de dólares aproximadamente de las reservas de divisas de Rusia, los principales bancos rusos han sido excluidos del sistema de pagos SWIFT, las empresas rusas tienen bloqueada la compra de componentes cruciales y las principales empresas occidentales –Shell, BP, el gigante naviero Maersk– están abandonando Rusia. Como es sabido, las sanciones han sido contraproducentes a corto plazo, ya que el aumento de los costes de los combustibles y los alimentos ha disparado los ingresos de las exportaciones rusas. Sin embargo, el objetivo de las sanciones de Biden no era solo poner un freno económico a la invasión de Ucrania; sus objetivos, según explicó *The Economist*, son más ambiciosos: «dañar la capacidad productiva y la sofisticación tecnológica de Rusia» y disuadir a China¹⁸.

Los orígenes del tratamiento hostil de la Rusia postsoviética por parte de Washington se remontan a los debates estadounidenses sobre política exterior registrados tras la Guerra Fría. El principal arquitecto de la estrategia fue Zbigniew Brzezinski, asesor de Seguridad Nacional de Carter. Nacido en 1928 cerca de Leópolis, que entonces formaba parte de Polonia, Brzezinski era hijo de un diplomático destinado a Canadá a finales de la década de 1930 y un comprometido guerrero de la Guerra Fría. En la era poscomunista, sostuvo Brzezinski en *The Grand Chessboard* (1997), la cuestión estratégica central para Washington era cómo ejercer la primacía estadounidense sobre Eurasia, la masa terrestre central del mundo, lo que significaba lidiar, ante todo, con el enorme agujero negro que era la Rusia postsoviética. Brzezinski advirtió que las elites rusas se mostrarían resentidas por el desmembramiento de su Estado y especialmente dolidas por la pérdida de Ucrania. Para evitar que el revanchismo echara raíces en este terreno fértil, la gran estrategia estadounidense debería extender la OTAN hasta las fronteras de Rusia y construir una barrera contra estas actitudes, que abarcara Ucrania, Azerbaiyán y Uzbekistán. Este hecho consumado –y, en el mejor de los casos, la división de la propia Rusia en tres Estados más manejables– debería persuadir al Kremlin de aceptar un futuro más modesto, a modo de una especie de lacayo de la

¹⁷ Leon Panetta, «It's a proxy war with Russia, whether we say so or not», Bloomberg TV, 17 de marzo de 2022.

¹⁸ «Are Sanctions on Russia Working?», *The Economist*, 25 de agosto de 2022.

UE. Esta fue la estrategia adoptada por el gobierno de Clinton y aplicada por la protegida de Brzezinski, Madeleine Albright, como secretaria de Estado, que se topó con la apasionada oposición de muchos miembros de la elite de la política exterior estadounidense¹⁹.

Quince años más tarde Brzezinski había cambiado de opinión, explicando en *Strategic Visión* (2012) que, en realidad, Rusia debía integrarse plenamente en las instituciones occidentales y que China era la potencia más problemática, pero para entonces ya era demasiado tarde. Las fuerzas estadounidenses estaban en suelo exsoviético en el Báltico, la Casa Blanca había declarado que Georgia y Ucrania se unirían a la OTAN y la perspectiva de la integración occidental ya había ejercido una poderosa atracción sobre los políticos y creadores de opinión en Kiev. Pocos años después, Nuland ayudaría a nombrar al nuevo primer ministro de Ucrania y comandos *Spetsnaz* rusos vigilarían las entradas del Consejo Supremo y el Consejo de Ministros de Crimea. La anexión de Crimea no fue en absoluto la peor de las acciones ejecutadas por Putin, efectuada con un mínimo de fuerza y un alto grado de apoyo local, lo cual constituyó el polo opuesto de su guerra contra Chechenia. Pero para el gobierno de Obama fue un insulto desmedido al gobierno que Washington acababa de ayudar a constituir, un acto de lesa majestad contra los propios Estados Unidos, que no podía permitirse.

Los recursos estadounidenses superan ampliamente los de Rusia, no solo en el campo de la inteligencia, sino también en la calidad de su arsenal nuclear en el que Obama invirtió un billón de dólares en las profundidades de la Gran Recesión en concepto de mejora. Pero incluso mientras los planificadores del Pentágono supervisan los campos de batalla del Dniéper, solo una ínfima parte del armamento estadounidense va a parar a Ucrania (y mucho menos de los homólogos europeos de Zelensky). Queda por ver si una potencia industrial como Rusia puede ser derrotada por fuerzas delegadas. Desde el punto de vista ideológico, el valor de los ucranianos y las atrocidades cometidas en el campo de batalla por las fuerzas de Putin, todas ellas bien comunicadas, han galvanizado el apoyo a Kiev en Estados Unidos y en Europa de una manera mucho más eficaz que las lecciones sobre democracia y autocracia del demonio sonriente de la Casa Blanca. La ideología oficial depende, por supuesto, de mantener la farsa de que «Ucrania decidirá». En realidad,

¹⁹ Para una evaluación crítica, véase Perry Anderson, *American Foreign Policy and Its Thinkers*, Londres y Nueva York, 2015, pp. 197-208.

Ucrania es un suplicante en la escena internacional, dependiente de las armas y la inteligencia estadounidenses. Zelensky ha sido puesto en su sitio por tuitear ruidosamente que Estados Unidos debería hacer más por su país, siendo advertido por Biden de que no debería parecer desagrado dada la enorme ayuda estadounidense que está recibiendo²⁰. Zelensky moderó debidamente sus tuits. Su petición de acelerar la adhesión a la OTAN en septiembre –recibida con gritos de alegría por parte de Riga, Tallin y la pequeña y valiente Ottawa– fue fríamente rechazada por el consejero de Seguridad Nacional estadounidense Jake Sullivan y Zelensky fue reprendido públicamente por un antiguo embajador de Estados Unidos en Kiev.

El carácter del conflicto del gobierno de Biden con Rusia es inequívocamente «imperialista» en el sentido de que tiene como objetivo el cambio de régimen y la afirmación de la hegemonía estadounidense sobre el continente euroasiático, pero no está claro que Biden disponga de una hoja de ruta clara para conseguir esto. Su gobierno no planeó una guerra de esta envergadura: es un regalo inesperado, como lo fue la invasión de Kuwait por parte de Saddam en 1990; sin embargo, el cambio de régimen en Iraq precisó de casi trece años para materializarse y sus resultados están a la vista de todos. En muchos aspectos, la invasión rusa ha sido una bendición para Biden, aunque sus efectos internos no se hayan reflejado en sus índices de aprobación, y ha supuesto una gran ganancia para Estados Unidos al soldar Europa a Washington. En otro sentido, la guerra de Ucrania es una enorme distracción de la verdadera prioridad del Partido Demócrata: la reactivación doméstica para asegurar la primacía estadounidense en la rivalidad estratégica con China, donde Estados Unidos también confía en ver instalado otro tipo de régimen a su debido tiempo. Aquí interviene el espectro de un quinto tipo de conflicto, que sobredetermina las reacciones de Washington ante Ucrania: la inminente batalla con Pekín. Los paralelismos entre Ucrania y Taiwán se dibujaron incesantemente en el invierno de 2021 y durante los primeros meses de 2022 como razones para no negociar con Putin. Los funcionarios de Biden utilizaron el argumento de que «China estará observando» como fundamento de una respuesta dura por parte de Estados Unidos: la concesión de cualquier «vía de escape» a Putin será tomada por Pekín como prueba de que el poder estadounidense se está erosionando. Una de las principales preocupaciones de Biden ha sido limitar los costes,

²⁰ Yasmeen Abutaleb y John Hudson, «Biden Scrambles to Avert Cracks in Pro-Ukraine Coalition», *The Washington Post*, 11 de octubre de 2022.

tanto en el volumen de la atención prestada por la Casa Blanca como en las bajas estadounidenses, mientras sigue adelante con esta agenda de política interior y exterior. La perspectiva de un conflicto chino-estadounidense, que constituye el verdadero objeto de atención de los tres últimos gobiernos de Washington, es la clave final determinante de la dinámica de la guerra de Ucrania.

7

La interacción entre estos diferentes tipos de conflicto –conflicto civil ucraniano, conflicto defensivo-revanchista ruso, conflicto de resistencia nacional ucraniana, conflicto por la primacía imperial estadounidense, conflicto hegemónico chino-estadounidense– ha impulsado una incesante dinámica de escalada. Tras la militarización del conflicto civil en 2014, Washington y Moscú alimentaron las fuerzas a cada lado de la línea de contacto. La invasión de Putin, que constituye obviamente la escalada decisiva, fue entonces respondida por la movilización militar y económica de un bloque mucho mayor, orquestada desde el otro lado del Atlántico, con un ojo puesto en el conflicto del Pacífico que se avecina. Alentada por los belicistas de treinta Estados no combatientes, esta dinámica puede ser imposible de revertir.

El carácter escurridizo de los objetivos bélicos de los combatientes es producto de esta escalada. En marzo, la posición de Kiev en las conversaciones de paz de Estambul era la neutralidad (hipergarantizada) y la retirada de las fuerzas de Moscú a las líneas anteriores a la invasión. En abril, Estados Unidos tiró de la manta de las conversaciones ruso-ucranianas, transmitiendo el mensaje de que, para Occidente, Putin no sería un socio negociador²¹. Hoy Kiev exige la plena ucranización de Crimea. Moscú quería lograr la firma de un tratado con la OTAN y ha acabado inmerso en una guerra sin cuartel. Washington pretendía una extensión indolora de su hegemonía en Europa del Este y, en cambio, ha tenido que lidiar con los precios inflacionarios del combustible, mientras se avecinaban elecciones clave al Congreso. Viendo las abstenciones y los votos en contra sobre la cuestión ucraniana en la ONU este pasado mes de octubre, Brzezinski podría haber señalado que Washington está precisamente perdiendo apoyos en Eurasia –India, Pakistán y Sri Lanka, así como las repúblicas

²¹ Roman Romaniuk, «From Zelensky's "Surrender" to Putin's Surrender: How the Negotiations with Russia Are Going», *Ukrainska Pravda*, 5 de mayo de 2022.

de Asia central, China, Irán, Vietnam y Laos– y en dos tercios de África, desde Argelia, los Sudanes y Etiopía hasta la República Democrática del Congo, Uganda, Tanzania, Mozambique, Zimbabue y Sudáfrica. Estados Unidos se quedó con el apoyo mostrado por los Estados de la OTAN y de la Asociación de Naciones de Asia Sudoriental (ASEAN), además de por (la mayor parte de) América Latina.

El resultado de la dinámica de escalada ha sido, en primer lugar, una desastrosa profundización del conflicto civil ucraniano. La evolución y los comportamientos sociales desencadenados en el país han sido profundamente regresivos, a la inversa de lo sucedido en la Segunda Guerra Mundial. La principal medida legislativa de Zelensky antes de la guerra consistió en una ley de privatización del suelo profundamente impopular. Ahora, en medio de una creciente crisis económica en la que se ha despedido a más de un millón de trabajadores y se ha destruido el 7 por 100 de las viviendas, mientras el desempleo alcanza el 35 por 100, aunque varios millones de personas en edad de trabajar han abandonado el país, los derechistas presentes en el gobierno de Zelensky, que son mayoría, han aprovechado la oportunidad para aprobar un proyecto de ley que excluye hasta el 70 por 100 de la fuerza de trabajo de la protección concedida por la legislación laboral, medida que había sido bloqueada por la oposición sindical antes de la guerra. El conflicto civil continúa en las zonas reconquistadas en medio de la muerte y la desolación, mientras los «colaboradores» con la ocupación rusa son buscados para ser castigados.

La autodefensa de Moscú contra la OTAN y los intentos de forzar un acuerdo con Washington han sido derrotados de forma decisiva. Con independencia del estatus formal de Ucrania, la OTAN estará implantada en el país en el futuro inmediato. Con la adhesión de Suecia y Finlandia, Rusia tendrá una nueva frontera de casi 1300 kilómetros con el bloque occidental, mientras el Báltico se convertirá en un lago de la OTAN, siendo Kaliningrado una anomalía aislada. A menos que se produzcan novedades espectaculares antes del invierno, la guerra de conquista territorial de Rusia parece que va a congelarse en una de desgaste defensivo, que acabará teniendo un alto coste económico. Al mismo tiempo, a menos que Estados Unidos cambie radicalmente su juego, Ucrania no parece tener una estrategia militar para recuperar la quinta parte perdida de su territorio. Si, como afirma ahora Zelensky, su objetivo es la reconquista de Crimea, la guerra de Kiev adquirirá también un carácter neoimperial,

que contemplará el sometimiento de las regiones rebeldes. Hasta ahora, la única táctica del gobierno de Biden para lograr un cambio de régimen en Rusia ha sido alargar la guerra. Mientras tanto, el documento del «Concepto Estratégico» de la OTAN de 2022, realmente escalofriante, alinea a sus treinta y tantos Estados miembros detrás de Washington en su enfrentamiento con Pekín.

En teoría, los principales Estados europeos podrían haberse inclinado hacia Rusia en contra de Estados Unidos tras el final de la Guerra Fría, insistiendo en un marco más acomodaticio y globalmente multicultural capaz de dar cabida a las potencias emergentes, como sugerían algunos estrategas estadounidenses. El bloqueo de ese resultado no fue solo producto de la convicción de la elite de la política exterior estadounidense de que la alternativa a su dominio era el caos mundial. Tras cincuenta años de soberanía erosionada, los Estados europeos carecen de los recursos materiales e imaginativos para un proyecto contrahegemónico. Alemania, en particular, se ha visto más encadenada al atlantismo con cada nueva crisis: Yugoslavia, el crac financiero, Ucrania. «Sonámbulos» fue el término indeleble acuñado por Christopher Clark para caracterizar la precipitación de las grandes potencias en la Primera Guerra Mundial²². En la década de 2020, los europeos están muy despiertos, sonrientes y alegres, exultantes por su «autonomía estratégica», mientras son arrastrados a trompicones hacia el próximo conflicto mundial por la primacía estadounidense.

²² Christopher Clark, *The Sleepwalkers: How Europe Went to War in 1914*, Londres, 2012; ed. cast.: *Sonámbulos. Cómo Europa fue a la Guerra en 1914*, Barcelona, 2021.